

## BORGES Y LOS LIBROS\*

Juan Durán Luzio

*Universidad Nacional, Costa Rica*

En más de una ocasión Jorge Luis Borges ha insinuado que acaso el universo no sea más que una gran biblioteca; si tuviese razón, si el universo al fin no fuese más que una confusa e imperfecta colección de textos, en él se hallarían, de diversas maneras, todos los libros, presentes y pasados, toda la historia, las ciencias, las letras, y hasta nuestras propias vidas no serían más que especies de páginas encuadernadas que van almacenándose en los anaqueles interminables de una biblioteca de Babel, según postula Borges en uno de sus cuentos célebres.

Tal vez una biblioteca sea la metáfora más precisa del mundo y por ello el libro, esa unidad de vida que un dios pequeño e imperfecto ha creado, no dejará nunca de ser el objeto misterioso y múltiple que bien sabemos que es.

En alguno de sus ensayos Borges cuenta que el emperador chino que mandó a construir la gran muralla, ordenó al mismo tiempo la quema de todos los libros del imperio para que nadie pudiese comparar sus obras con las del pasado, para que nadie pudiese saber si antes hubo otro más grande que él. Pero, por enorme que fuese la vanidad de ese

---

\* Palabras dichas en el acto de agradecimiento a la Embajada de Bélgica en Costa Rica por una importante donación de libros de autores belgas a la Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje de la Universidad Nacional, junio de 1999.

poderoso emperador, los hechos no se pueden borrar por un mandato; por más que se intente, no se puede decretar el olvido. En síntesis, el poder humano no puede derrotar a la escritura; mañana el gran emperador morirá y será enterrado con honores, pero los libros hoy quemados, mañana también volverán a ser escritos, una y otra vez, y terminarán repitiéndose, una y otra vez, incesantemente.

En otro ensayo de Borges, titulado «El culto de los libros», cuenta el autor que en una comedia de George Bernard Shaw un voraz incendio amenaza la biblioteca de Alejandría, la más grande del mundo antiguo, y César, que ocupaba entonces el Egipto, y al oír que alguien grita alarmado pidiendo detener el fuego porque arderá allí la memoria de la humanidad, dice: «Déjenla arder. Es una memoria de infamias».

Deduca Borges que es solo la errada idea de identidad entre realidad y palabra escrita, creída entonces, la que hacía posible esa confusión. Porque la memoria y la inteligencia, como el lenguaje, por infames que sean, no arderán jamás; otra vez las preservará la escritura, gracias a la mediación persistente y mágica del libro.

Por fortuna hoy nos vuelven a interesar las bibliotecas, los libros, la conservación de lo realizado por mujeres y hombres cuyo especial don los ha conducido a recrear en el papel alguna pequeña porción del universo. Las bibliotecas son ese vivero de la inteligencia que Borges hizo su domicilio, desde la infancia, y más tarde como modesto empleado municipal, como director en la de Buenos Aires, o como visitante asiduo en Oxford, Austin o Ginebra. Por eso hoy agradecemos en nuestra universidad a la Embajada de Bélgica por este obsequio de libros que contribuye a enriquecer nuestra biblioteca.

Y desde allí Borges ha sido un maestro sembrador; no solo por los libros que él ha creado, sino por todos aquellos que ha inspirado a crear, por su ascendiente entre los literatos, y aun más allá del ámbito de la literatura; ¡pensar que una obra tan relevante en el pensamiento de nuestros días, como *Las Palabras y las cosas*, de Michel Foucault, comienza con esta frase: «Este libro nació de un texto de Borges...»!

Pero, así y todo, Jorge Luis Borges gustaba decir que vivía para leer libros más que para escribirlos; no es esta un paradoja engañosa: él mismo aclaró que le parecía un desafío bastante más creativo leer bien un texto que escribirlo bien. Declaración extraña esta, cierto, porque él fue un hacedor paciente, un artesano meticuloso de la pluma y la expresión; desde la adolescencia sus versos y relatos delatan el oficio de un orfebre que el no traicionó jamás.

Recuerdo que Borges alguna vez afirmó del autor del recitado cantar *Martín Fierro*, que José Hernández «había vivido toda su vida para escribir esa obra y no lo sabía... una obra que le fue impuesta por el destino». Agreguemos que Borges, al contrario, vivió la vida sabiendo bien que su destino era la palabra escrita y, a pesar de que lo disimule, en su frente iba el sello luminoso del creador, más que el del lector ultra perspicaz. Suyo y muy personal ha sido el legado de un cosmos de ficciones e inquisiciones, de historias y poemas que hoy el mundo lee, admira y celebra.

Y es preciso ahora hacer justicia a otro aspecto de su pasión por los libros: además de escribirlos y leerlos, Borges se esmeró por conocerlos, por absorberlos, por fatigarlos, como él diría, parodiando a Quevedo. Su saber literario fue enorme y su erudición, por vasta, llegó al caos de borrar el límite entre la información cierta y la imaginada, al caos de apartarlo a él mismo de las cosas diarias. Alguien ha dicho que Borges conocía lo que casi nadie conoce, pero ignoraba lo que conoce todo el mundo. Ciertamente, no fue un hombre práctico, ni siempre fue oportuno en lo cotidiano, pero se le cobró un precio demasiado elevado por algunas de sus opiniones o deslices. También lamentó haber encontrado tan tarde en su vida el prodigio del amor de una mujer, y esto, por haberse entregado tan temprano en su juventud a la pasión por las letras. Sin embargo, fue infatigable su lealtad y acertada su devoción por los libros, su fidelidad a la verdad de la literatura, como escritor, como lector o como maestro. Es en tales fervores, más infelices pero más duraderos, donde seguirá residiendo su grandeza. Por supuesto que no soslayó ni el placer ni la revelación

estética que portan las buenas obras. En el prólogo de su *Biblioteca personal* dejó estas palabras:

Un libro es una cosa entre las cosas, un volumen perdido entre los volúmenes que pueblan el indiferente universo, hasta que da con su lector, con el hombre destinado a sus símbolos. Ocurre entonces la emoción singular llamada belleza, ese misterio hermoso que no descifran ni la psicología ni la retórica.

Para terminar, volvamos al principio: si en efecto el universo, en su esencia, resultase ser solo una biblioteca, como sugiere el desconcertante Borges, no será más que un enorme y caótico repertorio donde todo es figuración o idea, imágenes o nociones, pero en el cual los textos tratarán de responder, desde ángulos los más distintos, la misma eterna media docena de preguntas esenciales del ser humano. Y estas pocas dudas constantes y profundas fueron parte medular de sus obras.

Por algo el Borges sabedor, el erudito irónico, gustaba recordar que ya en uno de sus geniales versos el poeta Stéphan Mallarmé declaró que «El mundo existe para llegar a ser un libro».